

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LOS CATÓLICOS EN LA NUEVA ERA.

Por católicos no entiendo aquí á los bautizados, ni á los que jamás han hecho abjuración explícita de la fe de sus padres para abrazar alguna otra positiva, ni á los que se precian de tales por seguir cumpliendo rutinariamente con la misa de los domingos, con la comunión pascual y con algunas otras prácticas religiosas, ni siquiera á los sinceros y hasta fervorosos que abstraídos completamente en su retiro, ó bien ignoran (felices ellos si aun los hay!) lo que en el mundo pasa, ó bien no acaban de comprender los deberes públicos que los males á fuer de públicos les imponen. Dirijome á los católicos, que con opinion política ó sin ella, ora estén inscritos en un partido con mas ó menos disciplina y entusiasmo, ora á ninguno de ellos consientan en ceder un ápice de la independencia de su juicio y acción individual, sobreponen á todo principio, á todo interés, á toda bandera humana las doctrinas é intereses de nuestra religion, y por ella regulan cuanto es dable sus ideas, deciden sus simpatías y encaminan sus esfuerzos. Esta adhesion suprema no es incompatible con arraigadas y vehementes convicciones en el órden civil, y aparte del peligro que para ciertos caracteres hay de establecer entre estas y las creencias relaciones harto necesarias y exclusivas, natural es que los fieles, al usar de sus derechos como ciudadanos, se

inclinen al sistema y sigan la marcha que mas garantías les ofrecen para el triunfo de sus sentimientos.

Seguramente que no seguirán, ni en España ni en otra parte, ni ahora ni nunca, el pendon revolucionario. Hay siempre en las revoluciones, por muy poderosas que sean sus causas y por normal y aun legítima que hasta cierto punto sea la situación que andando el tiempo llegan á producir, hay siempre, repito, en su iniciativa y primer empuje algo de diametralmente opuesto al espíritu del catolicismo, que es por su esencia conservador y sumiso á los poderes que halla establecidos, por tiránicos y hostiles que se le muestren. La revolucion de 1868, que apesar de sus trascendentales consecuencias no pasó de ser un pronunciamiento, hizo particularmente alarde de tan grosera impiedad en el clamoreo de las turbas, de tan refinado encono contra la Iglesia en los actos de gobierno, que no podia menos de alejar y poner en frente de sí con animadversion bien marcada á todos los españoles un tanto amantes de su fé y de su culto. La intencion, manifestada por indiscretos arranques, inspiró mas odiosidad ácia las graves medidas adoptadas contra la unidad, contra las instituciones, contra los derechos católicos; los cínicos desenmascaron á los hipócritas, los ateos á los reformistas. Y si persona ó fraccion ha habido que espresamente disintiera de esas tendencias ominosas, no ha bastado para quitar á dicho

movimiento y á su constante desarrollo la nota de radicalmente anti-cristiano, ni aun para echársela de sí mientras permanezca solidaria y responsable de una situación que en tales bases se funda y tales lemas ha desplegado.

Aun en la esfera política, la justicia y el derecho constituyen un culto, y la legítima obediencia y la lealtad una religión; y no es muy fácil que se avenga con sediciones, perjurios y destronamientos un criterio sinceramente católico, ni que sea lícito ni aun indiferente en el concepto religioso lo que en el humano no consiente el honor. Mientras imperaron las máximas del evangelio, en las naciones más rudas, en los siglos más tenebrosos, ni las feroces costumbres ni las desenfrenadas ambiciones ni la prepotencia de la espada vestida con el brillo de la gloria derribaron en más de mil años tantas coronas, como han caído en lo que vá de esta centuria á impulso de las *suaves auras* de la opinión reinante, en plena civilización, abolidas las conquistas, perfeccionadas las constituciones, y á despecho de garantías, contrapesos é irresponsabilidades. Las dinastías se injertaban unas en otras y se sustituían, las más veces sin sacudimiento; y si alguna usurpación se realizaba, venía casi siempre preparada de tan lejos y con tan perseverante diligencia, que poco ó ningún trastorno costaba su advenimiento. La fe del homenaje era poco menos sagrada que la sobrenatural que se tributaba á Dios, y el traidor poco menos execrado que el apóstata. Había motines, había insurrecciones, pero no se erigían en ley y en principio á título de soberanía nacional; la fidelidad era una virtud más cristiana aun que cívica, y es de las que primero ha participado de la decadencia del espíritu católico en las naciones. Pero los que por merced divina lo conservamos, mal podemos girar á todo viento y romper con nuestras respectivas convicciones para ponernos al degradante servicio de la fortuna.

¿Pueden de consiguiente los verdaderos católicos militar en su vida pública con la revolución, perseguidora más ó menos declarada

de la Iglesia según sus diversos matices, y enemiga sin tregua de toda autoridad legítima que no le someta su poder y se le reconozca por feudataria? No. ¿Pueden manifestar adhesión activa á una dinastía entronizada por obra y gracia de la revolución, supeditada á su influencia, profesando sus doctrinas, secundando sus aspiraciones? No. Cuando no les repugnase la dominación de una familia extranjera asentada sobre la ruina de otra, á quien glorias y desgracias comunes con las de sus súbditos por más de siglo y medio habían hecho tan eminentemente nacional; cuando no les retrajeran de agruparse al rededor del nuevo rey lo irregular del llamamiento, lo extraño de las vías, lo escaso y desacreditado del apoyo con que acaba de elevarse; cuando no les dictara una prudente reserva la espectación de lo nuevo y desconocido no abonada todavía por seguros antecedentes, sobraría para justificar su alejamiento la significación del padre de Amadeo autor del despojo de la santa sede. ¿Cabe en los católicos españoles desentendernos de una circunstancia, que si no ha sido la causal de traernos este candidato, ningún escrúpulo seguramente suscitó en sus sospechosos favorecedores? ¿Cabe en nosotros coadyuvar al triunfo de una política, que si algo representa es en lo interior la mútua desconfianza, si no quiere llamarse hostilidad, entre la Iglesia y el estado, y en lo exterior la indisoluble liga con el rey de Italia y el afianzamiento de su temeraria empresa?

Por otro lado ¿será aceptable la alianza con las huestes de oposición que se agitan dentro del círculo revolucionario? Jamás. ¿Con la de Montpensier? está disuelta; no queda sino la oficialidad que busca enganche en otras filas. ¿Con las republicanas? se han declarado irreconciliables con el catolicismo, y cuanto más distantes de él, más avanzadas se creen en su línea. En España, ó más bien en Europa, la república no es hoy como en otro tiempo una forma de gobierno perfectamente compatible con la religión; es con raras excepciones una secta racionalista, que niega toda autoridad así espiritual como civil, y aspira á destronar á

Dios como á un monarca cualquiera. Nunca un partido compuesto de creyentes podrá entrar en tratos para una campaña electoral ni para otra alguna con un partido de incrédulos; nunca podrá admitir por representante á quien no le represente en sus mas augustas creencias é intereses mas preciosos; y si como hombres de partido pudieran olvidarlo en un momento de pasion, bien pronto como católicos se apercibirian de su falta. Por muy grandes ventajas que de este momentáneo acuerdo se prometieran en sentido pesimista, escrito está que no debe cometerse el mal para conseguir el bien: lo único que autoriza la moral cristiana es á no escoger siempre entre un mal mayor y otro menor, y á negar á este el apoyo sean cuales fueren los desastres que de ahí resulten, mientras no tengamos en ellos una responsabilidad directa y positiva. Entre los revolucionarios dinásticos y los anti-dinásticos pueden y aun deben los católicos (¿quién lo duda?) guardar una estricta neutralidad, sin dejarse seducir por un orden aparente y por un trono de perspectiva, ni amedrentar por una catástrofe social que no se conjura con tales expedientes; pero seria inmoral, además de peligroso, el precipitarla. Se recomendará el retraimiento; la coalicion seria una monstruosidad.

¿Cuáles son pues los deberes de los católicos en el acto de hacer uso de sus derechos? Trázelos sencillamente en su circular sobre elecciones la junta superior de nuestra Asociacion (núm. 100 de la UNIDAD pág. 383). Bien que *enteramente ajená á la política*, mal puede esta transigir con una política hostil al catolicismo; puesta á la defensiva, no invade la esfera civil, pero rechaza las invasiones que en la religiosa se atentan. Tomar por fin principal el bien de la religion, nunca divorciado y siempre complemento del de la patria; no votar *en ningun caso* á candidato alguno *que no sea católico fervoroso y práctico*: tales son las dos únicas reglas que recomienda la junta, y con ellas en cualquier complicacion es infalible el acierto. Pero estos candidatos se abstendrá de indicarlos personalmente y de presentarlos por cuenta propia.

«¿Porqué? preguntará tal vez alguno ¿porqué á tantas desacreditadas banderas que retraen y dividen, no ha de sustituir una sin mancilla á cuya sombra quepan todos los buenos? porqué no ha de sobreponerse de una vez la verdad completa y el expansivo sentimiento de la enseña puramente católica á los principios truncados y mezquinas reyertas de los partidos?» Porque en el momento de formar una agrupacion política contraeria los vicios y miserias de tal, porque en lugar de disolver los partidos constituiria uno nuevo, porque se fijan aun harto decididas esperanzas en determinados hechos y personas, porque el desencanto no es bastante todavía para enseñarnos ni la desgracia para unirnos (*). Antes que se levante en España una bandera y se reclute una hueste nada mas que católica, es menester pasar por pruebas tan terribles que no me atrevo á desearlas.

Candidatos de las circunstancias referidas ya sabemos que no se han de buscar en los círculos revolucionarios ni ministerial ni opositor, ni aun fuera de ellos se encuentran á granel; pues no hay nombre de partido, por valor que se le dé, que pueda por sí solo servir de recomendacion ni aun de pase á cualquiera de sus adeptos. Vote el católico con la mano puesta sobre su conciencia, y ya que carece de candidato propio, escoja de entre los presentados al que mas cerca esté, no de sus opiniones políticas, sino de sus sentimientos religiosos.

J. M. Q.

PROGRESO.

IV.

La marcha de la verdadera civilizacion se asemeja á la corriente de majestuoso rio por lo fecunda y sosegada. No es que algunas veces las sociedades no adquieran en medio de sordas ó violentas agitaciones tal cual elemento de progreso; pero estos gérmenes, que despuntan como por acaso durante la tempestad, solamente alcanzan vigor y lozanía en

(*) Véase el artículo *Asociacion y no partido* en el número 19 de la UNIDAD.

épocas de orden y sosiego. Brota la simiente en un erial, pero en terreno abonado medra y florece. El orden público es para el progreso social, lo que el camino llano y seguido en línea recta para el curso del viajero. Con las revueltas, tomando esta palabra en su doble sentido, mucho se anda y poco se adelanta. El orden moral es sobre todo indispensable, porque sin este el orden material no es más que efímero ó aparente. La fuerza ó el temor pueden producirlo ó conservarlo por limitado tiempo; mas el orden que necesitan las sociedades, el que tanto dista de la compresion como de la anarquía, no se debe sino al poderoso influjo de saludables ideas. Y ¿quién mejor que nuestra religion sabe infundirlas justas y provechosas?

Raíz fecunda de encontrados males ha sido un hecho, por desgracia constante en la dolorosa historia de la humanidad. Este es la natural propension del hombre á formarse un exagerado concepto de sus derechos, y su culpable repugnancia en fijar los ojos en sus deberes. De aquí ha provenido siempre el desorden moral de las sociedades: el abuso del poder, ó el conato de resistencia. Los hechos se derivan de las ideas, y el daño no deja de serlo por no haberse trasplantado en el terreno práctico desde el especulativo donde suele brotar. Cuando la enfermedad no ha mantenido al cuerpo social prostrado en su lecho, ha desarrollado en él los ardores de la fiebre y los sacudimientos de la convulsion. La adulacion penetró en los alcázares dorados, y doblada la cerviz, habló con voz melosa al oido de los reyes, halagando sus flaquezas de hombre con el aliciente de un poder sin restricciones. Les encomió sus derechos como si fueran los de una divinidad; y los reyes se enorgullecieron, y los pueblos se resignaron á la suerte que les cabia. Prefirieron la paz de sus hogares á los riesgos de una desastrosa competencia. Por recompensa de su espontánea sumision se contentaban con la improductiva gloria de su lealtad. Pero despues creció tanto el número de los aduladores, que no cupieron en los palacios y se dispersaron por las calles, y con frente erguida y con voz estentórea trataron de halagar á los pueblos como los otros lo habian hecho con los reyes. Saludaron la majestad del pueblo y le brindaron el mismo veneno en distinta copa. Dispertaron á gritos su orgullo dormido, escitaron sus pasiones tumultuosas, le fascinaron con nuevas y deslumbradoras ideas; le hablaron de sus imprescriptibles derechos, y los reyes se estremecieron en sus tronos, y las leyes tradicionales aparecieron trasformadas en cadenas, y los pueblos estendieron

sus brazos y forcejearon para romperlas. La sangre de sus venas quedó abrasada por el espíritu de rebelion, y una sed insaciable tras cada sorbo dejaba secas sus fauces. Rugieron los pueblos de cólera y despecho; y este rugido, que atravesó las olas del océano é hizo retemblar ambos continentes, fué la señal precursora del mas grandioso y terrible de los combates.

Para restablecer pues el orden moral, para evitar que le susstituya en apariencia la compresion, es decir, el forzado sosiego de la superficie, para contener y quitar pábulo á este fuego subterráneo que cunde en las entrañas de las sociedades, ¿cuál remedio mas propio que el de inducir la atencion general á que se fije en el respectivo cumplimiento de sus deberes? ¿Y para el logro de tan útil designio, qué mejor medio que el de inculcar las ideas religiosas? No tanto proclamar derechos; tenga tambien el deber sus elocuentes oradores. La masa social ha fermentado en demasía; no se añada mas levadura que tan agria la ha puesto. No es hora ya de irritar las pasiones, sino de calmarlas. La religion no está interesada directamente en la contienda de los reyes y los pueblos. Igualmente puede estender su diestra para bendecir el gorro frigio como la corona de oro y brillantes; así su voz no puede ser acusada de parcial cuando reclama de todos el exacto cumplimiento de sus deberes. No mira á estos como cálculos de conveniencia, como condiciones pasajeras dictadas por las circunstancias, como cláusulas de un contrato oneroso y por cualquier capricho rescindible, sino como obligaciones impuestas por Dios, á cuya observancia promete recompensas eternas, y además para los gobernados felicidad en la tierra y para los gobernantes una gloria sin manchilla. La voz de la religion no puede ser sospechosa, porque no se plega á las circunstancias de tiempo y personas: dice hoy lo que ayer dijo, lo que repetirá mañana: promulga sin vacilar en medio del concurso lo que murmura en el secreto del corazon. Su voz siempre es la misma, porque no espresa mas que ideas consignadas en un texto inalterable. El evangelio tiene sus páginas abiertas; su lectura resuena diariamente, sus máximas son muy claras y comprensibles. Escuchadlas, oh pueblos, grabadlas en vuestra memoria, estampadlas en las telas de vuestro corazon; y vereis como se va satisfaciendo este anhelo de felicidad que os devora. Y vosotros los que regís los destinos de las naciones, escuchadlas tambien, y para llenar los deberes de una mision tan delicada como sublime, aprendereis del divino Maestro; por-

que como el suyo, vuestro yugo ha de ser suave y la carga ligera.

Los deberes son como las ofensas hechas, los derechos como las recibidas. El hombre escribe los primeros en arena, los segundos en láminas de bronce. Nunca estará por demás inculcar á los pueblos la idea de sus deberes, porque el soplo de las pasiones individuales de continuo tiende á borrarla. Recalcarse en la predicacion de sus derechos, á mas de inoportuno á veces y peligroso, es ya del todo innecesario. Una vez aprendidos no se olvidan fácilmente. El evangelio es bajo este aspecto un libro admirable, como bajo cualquier otro se le considere. Exhorta vivamente á cada uno al cumplimiento de sus deberes: en cuanto á sus derechos no habla sino del cielo. No fué escrito para traer la discordia ni para enseñar el orgullo; sino para que reinasen la paz y el espíritu de caridad. No dijo Jesucristo á los pequeñuelos: «puesto que sois todos hermanos, y todos teneis iguales derechos en la casa de mi Padre, podeis levantaros á la altura de los grandes;» dijo sí: «el que es mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que precede como el que sirve. ¡Siempre el deber! Estudien esta immaculada doctrina los que moran en la cumbre del estado social, estúdiénla asimismo los que están sentados en sus mas bajos escalones, y cesarán esas agitaciones de los espíritus, y calmará ese movimiento de ideas desorganizadoras, y se equilibrarán los elementos que chocan entre sí, y renacerá el orden moral de las sociedades. Sin este no dará hermosos frutos el árbol de la civilizacion, ni correrán los pueblos por los caminos del verdadero progreso.

T. AGUILÓ.

BASTOS SON TRIUNFOS.

DUODÉCIMA CARTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 11 de febrero de 1871

Mi querido amigo: dias ha que deseaba escribir á V., pero la conclusion de una historia que dicen mis amigos me vá á costar muchos y serios disgustos, me ha impedido hacerlo antes. Ya está concluida, gracias á Dios, y en su mayor parte impresa, y solo faltan los palos, si es que vienen: yo creo que no. En todo caso, si no son mas que *palizas morales* (pues veo en los periódicos que los

políticos se dan *bofetadas morales*), las creo moralmente mas tolerables que las otras; y de estas llevo tantas, que ya me cogen muy acostumbrado. No ha de ser todo dar; tambien hay que recibir, pues por algo dijo Horacio *petimusque damusque vicissim*.

Como estamos en tiempo de elecciones, insensiblemente he principiado hablando de palos. ¡Qué buenos los ha habido en Palencia! ¿Tendrá que ver algo con los *palos* la etimología del nombre de la ciudad? Si logro hacer otra edicion de las obras de santa Teresa en mejor papel y mejores tipos y con pocas y buenas notas, trabajo ha de costarme el no comentar la preciosa descripcion que hace la santa del carácter de los buenos y antiguos palentinos y de ese mismo santuario de la Virgen de la Calle, profanado por un borracho revolucionario, á presencia de doscientas ó mas mugeres, pues por lo visto allí no habia ni ún hombre (1).

Si eso ha sido para las elecciones de diputados provinciales, y hasta el presente solamente ha habido palos, heridas, insultos y prisiones en unos cuarenta pueblos que sepamos, ¿qué será para las de diputados á cortes? Hoy por hoy y en época de revolucion sucede como con la procesion de Viernes Santo en Madrid, que no se pregunta si hubo carreras, sino dónde fueron. En tiempo de elecciones no hay que preguntar si pegan ó matan, sino dónde pegan y dónde matan. A bien que todo es hasta irse acostumbrando, como dice el Sr. Rivero al hablar de estos *aprendizages de libertad*; y como estos aprendizages, segun D. Juan Nicasio Gallego, no duran mas que unos 500 años, consolémonos con que ya no nos faltan mas que unos 450, salvo error de suma ó pluma.

Empeñábanse el año pasado unos amigos y paisanos míos en presentar mi candidatura ¡mal pecado! para diputado á cortes por un distrito, ó como entonces se decia en gabacho *circunscripcion*. Negábame yo, como pienso negarme mientras Dios me tenga de su santa mano, y decia el *aberruncio* de Sancho, y entre cargos y descargos, datas y respuestas, réplicas y dúplicas, hube de decir á los comisionados: *pero qué ganas tienen Vds. de llevar palos!* La contestacion, amigo mio, fué admirable.—«Si no los llevamos por V. los llevaremos por otro.» Y así fué, que los llevaron por otro, y

(1) Alude á la escandalosa impunidad con que en la tarde del 2 del actual un miserable interrumpió al predicador en la iglesia de la Compañía, derribó una imágen de la Virgen, é insultó lo mas sagrado, á vista y paciencia de los fieles que se atropellaron unos á otros huyendo cual manada de ovejas.

lastados con las setenas, como decia el manco de Lepanto. ¡Oh valor *cívico* imponderable! ¡Oh resignación santa, si por Dios se hiciera (2)!

Decia el sargento al recluta:— «Te voy á derrenegar á palos,» y respondia el recluta al sargento:— «Veremos quien se cansa antes, si V. en darlos ó yo en recibirlos.»

Supuesto que estamos aprendiendo libertad, y que la letra con sangre entra, y que para principiarse á escribir hay que hacer *palotes*, y que nosotros no llevamos de este aprendizaje mas que unos cincuenta años (1820-1870), inclusas las vacaciones de 1824 á 1834, ¿qué extraño es que echemos borrones en estas primeras planas? ¿Por qué los católicos no hemos de irnos acostumbrando á estos inocentes desahogos? Y sobre todo ¿por qué no hemos de tomar por guías á nuestros afines los republicanos, gente de suyo honrada y bonachona y que nos dará excelentes lecciones de moral?

Ya sabrá V. que hemos convenido en no ser *hombres de bien*. ¡Pesía á tal los majaderos que hasta el año de gracia de 1870 inclusive se han estado apellidando á boca llena *hombres de bien*! De santa Teresa de Jesús decia el P. Bañez que era una *muger de bien*: ya podia el buen fraile haber discurredo otra cosa, y no haber aplicado al género femenino esa locucion tan comprometedorá. Desde que los Bartolos políticos han dado en pasar el corazón político del lado izquierdo al derecho, como el médico á palos, á la hombría de bien le sucede lo que al patriotismo (3).

Ustedes han insertado en la UNIDAD CATÓLICA la circular de la Junta superior de la Asociación de católicos, declarando que esta y por ahora no toma parte en elecciones como tal asociación, pero que cada uno haga de su capa un sayo y de su conciencia un sufragio, que si le hartan de palos y los lleva con paciencia, podrá servir hasta para las almas del purgatorio. Ello se advierte que procuren los católicos, si votan, votar por buenos católicos: esto dice la moral, pero la política dice otra cosa; y de aquí las dudas de los que se hallan en el caso de dar su voto por Suñer Capdevila, Pí Margall, Quintero, Castelar y otros santos padres federales

(2) No pretende con esto nuestro amigo apartar de las urnas electorales á los que en defensa de sus creencias religiosas, y aunque sea de sus convicciones políticas, acudan á hacer uso de su derecho, ni menos intenta recomendar un retraimiento hartas veces perjudicial.

(3) Refiérese sin duda á algunos artículos de periódico, en que bajo el título de *hombres de bien* se zahiere á los pusilánimes, apáticos ó egoistas que no toman parte activa en lo que se considera como remedio de los males públicos.

ejusdem furfuris (4). Esto sin el otro inconveniente de que sean nuestros buenos amigos los federales los que tengan la contrata de la leña, y nos la repartan á los católicos, como en Palencia donde la han prodigado *indiscriminatim*.

En la baraja la carta mas favorecida es el as de oros y la mas fea el as de bastos. Yo no sé porque los jugadores han dado en decir que este representa la libertad. Meditándolo bien, me figuro que hay dos razones: la primera es que el as de bastos representa una porra, y quien dijo libertad dijo ¡porra! con todos sus partidos y partidas: la segunda es que el roble es el árbol de la libertad, y por eso la corona *querna* ó *querna* con sus correspondientes bellotas ornaba en otros tiempos las sienes de los buenos republicanos. ¡Oh qué bonito estaria el señor Suñer con una corona de bellotas! Hombre hay entre sus correligionarios en ideas políticas y religiosas, de quien se dice que sacudiéndole un poco echa bellotas. Yo no lo he visto, y por tanto no me atrevo á asegurarlo. Recuerdo sí que habiendo hablado el Sr. Castelar en cierta ocasion de la bellota de la libertad, que escondida en el suelo durante la edad media, principió á brotar en el siglo XVI al benéfico calor de la reforma, llegando á ser árbol frondoso merced á la alta temperatura de los principios de 1793, D. Pedro La-Hoz, que con su habitual marrullería solia dar cordelejo al Sr. Castelar, dijo á propósito de esa retórica alcornoqueña, que si la libertad política era producto de bellotas, como el aceite para hacer que crezca el pelo, no era extraño que le gustase poco la señorita del gorro encarnado, pues nunca le habian gustado las bellotas. Ahora bien, si el as de bastos no es otra cosa que una rama de roble ó alcornoque en forma de porra ó garrote, como aquel célebre de Vargas Machuca con que á falta de lanza y espada aplastaba cabezas de moros, no debemos extrañar que los jugadores y tahures, que á veces en la baraja buscan cábalas, misterios y alegorías, hayan encontrado en el as de bastos la representación genuína de la libertad política en España.

Es mas: si vamos siguiendo en esta progresión, y supuesto que el as de bastos ó garrote simboliza la libertad, un rey que fuera progresista ó republicano (¿por qué no?) tendria que ser un rey de bastos, y no vayamos á creer esa vulgaridad de que no se puede ser monárquico ni republicano á la vez: de

(4) No comprendo que por nadie pueda entenderse en este sentido la pretendida coalición, que siendo así no hallaria palabras bastantes para censurarla. Véase el artículo de entrada de este mismo número.

facio ad posse valet consequentia. ¿Qué son Martos y Rivero sino unos monárquicos republicanos, que antes eran republicanos y ahora monárquicos? ¿Y qué son sino republicanos monárquicos los moros fronterizos, los cimbrios españoles, y si V. me apura, hasta los polacos españoles y demás pobladores de España en la moderna y enrevesada geografía política? ¿No se han estado llamando demócratas los republicanos? ¿No se nos ha dicho que el coronamiento de la obra revolucionaria sería el hallar y traer un rey democrático? Si demócrata es sinónimo de republicano, un rey democrático es un rey republicano, ó lo que es lo mismo un rey que no es rey, un rey que hace lo que le mandan, un rey que *hará lo que nosotros queramos*, como dijo el buen Ruiz Zorrilla en su célebre brindis á bordo de la Villa de Madrid: *In vino veritas, in vino virtus.* ¿Qué cosas se le escapan á un hombre con una copa en la mano?

Reges dicuntur multis urgere culillis.

Siguiendo esta progresion, el caballo de bastos es la libertad á caballo, como quien dice el venerable hermano Juan Prim, ó séase ahora Milans del Bosch por la metempsicosis ó transmigracion pitagórica; el tres de bastos es la coalicion de los tres garrotes liberales, progresista, unionista y republicano recalcitrante; la sota de bastos es la libertad pedestre, como quien dice la república federal, nuestra moderna y simpática aliada. No teniendo los católicos naípe en esta baraja, y no dándonos el naípe para estas jugadas, preciso ha sido quedarse á algun palo, y resulta que no hemos quedado al palo, sino á los palos. Al menos hasta el presente eso es lo que se vá sacando.

La verdad es que las alianzas y coaliciones de los hombres de bien (hablo de los que antes se llamaban así, pues yo renuncio desde hoy á ser *hombre de bien*) con los hombres políticos que se desviven por representarnos, generalmente suelen dar ese resultado, desde los tiempos de Esopo en que los animales mansos salian á cazar con el leon, hasta los tiempos presentes. El epigrama moderno dice á propósito de esto, que un gato y un raton se convirtieron y el uno al otro mutuamente se comieron.

¡Efectos de la gula, vicio feo.

De que debes guardarte, ó Timoteo!

En esto de coaliciones y convenios lo que suele suceder es que el gato se come al raton, pues ni la fábula ni la historia natural presentan ejemplos de gatos comidos por ratones. ¡Aun para ponerle un cascabel al gato no político, tuvieron sus apuros los ra tones parlamentarios!

No digo á V. nada de la otra gran coalicion que andamos buscando con el gran gato político moderno, protestante, francmason y representante del alto garrote europeo. En vista de los últimos sucesos apenas hemos mudado de amo: tenemos ya hecho, que ni de encargo, al llamante desfaceador de entuertos, que los arreglará y desfará ni mas ni menos que los arregló el emperador Nicolás de grato y santo recuerdo para los católicos y sobre todo para los polacos y los españoles (5).

La restauracion del imperio germánico y de las tradiciones de Carlo Magno, cantando el himno de Lutero en la capilla de Versalles, es cosa admirable; á mí me ha extasiado. Hay un latin antiguo que dice: *Non potest quercus bonos fructus facere.* Otro libro de mas alta filosofía, que se llama *Evangelió*, dice una cosa por el estilo: si nos sale este evangelio ¡á Dios con el amo nuevo! Pero por otra parte *quercus* quiere decir un árbol que echa bellotas como el de la libertad, y volvemos al as de bastos. Dejémoslo aquí y no volvamos á las andadas, concluyendo esta con la consabida exclamacion del gallego á quien acababan de romper las costillas:—
¡Paréceme que dán palus!

V. de la F.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

RECÍPROCA INFLUENCIA DE LA RELIGION Y LA LITERATURA.

Después de algunas observaciones acerca del verso y de la prosa, de indicar la anterioridad del primero como forma literaria, de probarlo con el ejemplo de los *glosadors* haciendo notar algunos bellísimos rasgos en varias canciones populares mallorquinas, el Sr. Aguiló dijo resumiendo su tercer discurso:

«Para que se vieran las cosas con mas claridad he insistido en las analogías de la literatura con la pintura, dividiéndolas á entrambas en dos ramas principales que tienen cada una especial cultivo. He dicho que en la historia de la literatura la parte de la versificación ó de la poesía tiene mayor importancia, no solamente por las dificultades propias de su estructura, sino tambien porque requiere mas fuerza de imaginacion, mas abundancia de sentimiento, mas precision de armonía. He dicho además que esta rama podia ser considerada como tronco por su antigüedad, puesto que en el mundo

(5) Mientras no pasen á hechos las conjeturas, son libres aunque aventuradas las apreciaciones que se hagan en uno ú otro sentido, y algo gratuitos así los temores como las esperanzas que en el rey de Prusia se coloquen. Por mi parte no pretendo robar á la Providencia su secreto, y me refiero á lo que dije en 4 de setiembre al final del artículo del núm. 79 página 211.

el verso apareció primero que la prosa verdaderamente literaria. Y como esto es cosa algo difícil de creer, porque se opone al curso natural que han seguido las demás artes y ciencias, he dicho que la facilidad de versificar y el ingenio poético no son un mero resultado de la civilización, y que bien podía hallarse en sociedades incultas y destituidas de nociones científicas y literarias, puesto que se encuentra todavía en personas y clases de tales condiciones, que las podemos comparar con los pueblos primitivos. Los primeros poetas del mundo fueron poco más ó menos lo que son ahora nuestros *glosadores*, porque seguramente ni Moisés ni David ni Hesíodo ni Homero fueron los primeros que revistieron sus conceptos con las brillantes imágenes de la poesía, y que supieron espresarse con un lenguaje sujeto á las trabas de la versificación. Si la ley del progreso fuera lo que de ella dicen los que tanto la cacarean, parece que la poesía debiera ser un perfeccionamiento de la prosa literaria, un escalón más que habría subido el ingenio humano; y no sé yo si podría afirmarse lo opuesto: la prosa literaria es un escalón que se ha bajado, una degeneración de la poesía.»

Para probarlo adujo varias razones y continuó: «Ahora bien: una vez establecida la antigüedad y la importancia histórica de la poesía, y considerándola como una hermana mayor cuando se trata de literatura, las relaciones entre esta y la religión se dejan comprender fácilmente. ¿Cuál fué el primer concepto espresado en una forma que tuviera semejanza de verso, y en un lenguaje que tuviera visos de poesía? ¿Quién fué el que así se espresó? en qué país? en qué idioma? ¿Cuál fué el acontecimiento que le inspiró, y el sentimiento que en él predominaba? Cuestiones son estas que nunca se verán resueltas, porque solamente Dios pudiera responder á tales preguntas. Pero eso no obsta para decir que si la poesía no nació directamente del sentimiento religioso, pronto fué recogida en brazos que podemos llamar religiosos; de suerte que no tengo inconveniente en valirme de una imagen familiar, y decir que si la religión no fué la madre de la poesía, de seguro que fué su nodriza. Páreceme más que probable que la poesía fué hija de las ideas que abrigan las sociedades primitivas con respecto al orden sobrenatural, y que fué una de las fórmulas más antiguas del culto que tributaban á la divinidad.

«El sentimiento religioso es la actividad, el producto del reconocimiento de nuestra dependencia, y de nuestra sumisión á un Sér omnipotente, invisible, y que se cuida de nosotros: y ya fuese que aquellas generaciones medio salvajes conservasen algunos pequeños rayos de la luz primitiva, algunos restos de las verdades eternas reveladas á nuestro primer padre, ó ya fuese que aquella luz estuviera del todo apagada, y ellas completamente embrutecidas por las aberraciones de su fantasía, el sentimiento religioso, aunque adulterado y pervertido, no las había abandonado; y como este sentimiento es de suyo fecundo, activo, práctico y no puede dejar de mani-

festarse con actos exteriores, claro es que les inspiraría himnos y cánticos para acompañar y dar mayor solemnidad á sus rudos ó bárbaros sacrificios. Y también es claro que si se había inventado ya alguna sencilla melodía, algún ritmo musical, las palabras que le ajustasen tendrían los caracteres del verso y el ritmo de la poesía. El sentimiento religioso es tan propio del hombre, que sin él no sé como pudiéramos calificarle de sér racional; de suerte que me atrevería á decir que está más dentro de su naturaleza, que revela más su dignidad, que se encuentra menos lejos de lo que debería ser, el salvaje imbuido en groseras supersticiones que el ateo que blasona de ilustrado. La carencia de religiosidad, la desaparición de las ideas y sentimientos que ligan al hombre con el mundo invisible, es una deformidad moral tan repugnante como cualquiera monstruosidad física, una especie de lepra que solamente se desarrolla y cunde en épocas de civilización; porque es un ofuscamiento de la inteligencia, una insensibilidad del corazón, una locura que Dios permite para castigo de la soberbia humana.

«Los pueblos incultos, sencillos, ignorantes, bárbaros si se quiere, tendrán las ideas más equivocadas, más groseras, más opuestas á las que debe inspirar la religión; pero nunca han tratado de extinguir aquel sentimiento, ni de ahogar su influencia, ni de impedir sus manifestaciones. Al contrario reconocían su necesidad, y como no se habían levantado aun templos regulares, ni había ritos ordenados ni sacerdocio establecido, es muy natural que adoptasen el lenguaje de la poesía como forma del culto público, si es que no les hubiese inspirado este mismo lenguaje un impulso de agradecimiento al verdadero Dios ó á las falsas divinidades que adoraban. Decíase antiguamente que el verso era el lenguaje de los dioses, y de aquí se deduce que los pueblos usarian este lenguaje cuando creían hablar con ellos, y dedúcese también que es tan antiguo como la supuesta existencia de los seres fabulosos que había creado su desatinada fantasía. ¿Y cómo no había de servir la poesía para el culto de los dioses, cuando se creía que lo que ahora llamamos inspiración era un movimiento interno que tenía algo de sobrenatural y divino? Siglos y siglos habían pasado y todavía exclamaban los poetas: Hay un Dios que se agita dentro de nuestro pecho y nos enardece con el fuego que nos comunica.

«La poesía antigua tuvo su cuna al pié de un ara, se crió á la sombra de los templos del paganismo, aunque más adelante salió con más brillantes atavíos á pasearse por sitios más risueños y profanos; una cosa parecida sucedió con la poesía cristiana, que fué la raíz y la primera manifestación de las literaturas modernas.»

Este domingo disertará D. Mateo Tous sobre la *espiritualidad del alma*.